

MONSEÑOR CARRASQUILLA A LA LUZ DE SUS ESCRITOS Y ORACIONES

ESTUDIOS

En 1855 había establecido don Ricardo el Liceo de la Infancia, hogar intelectual de muchos de los varones que han dado lustre a la nación por sus luces y por el temple de su alma. Si se necesitara calificar los méritos de una labor docente por los frutos de ella, entre los centenares de discípulos esclarecidos que forman la corona del institutor a lo largo de una de las labores educadoras «más extensas, profundas y durables que haya habido en Colombia», bastaría enunciar el nombre de Rafael María Carrasquilla para gloria de su padre. Espontáneamente surge la frase, por desgracia muy manoseada, que Menéndez y Pelayo empleó respecto de José Eusebio Caro: «de él puede decirse, por final elogio, que su mejor obra fue su hijo». En 1887 había escrito don José María Samper: «Era un apóstol, un sacerdote de la luz; y el mejor reflejo de su alma ha quedado en su hijo mayor, el sacerdote, el presbítero Carrasquilla, santo joven de preciosas dotes, que ya es honor y gloria de la Iglesia colombiana».

«Le debí mi educación, dice, desde que tuve la primera percepción en la cuna hasta que entré interno al Seminario; y todavía en los primeros años de mi sacerdocio, últimos que vivió sobre la tierra, tuvo decidida autoridad sobre mí. Nunca me alzó en los brazos, ni aun de pequeñito, no me besó ni me hizo caricias jamás; no me tuteaba, y me enseñó a tratarlo de *sumerced* y a decirle *padre*, a secas. Y me inspiró para con él un amor tal, que no creo que me quepa en el corazón afecto natural más intenso y vivo; se ganó mi más absoluta y ciega confianza, hasta el punto de confiarle mis propias faltas; se hizo mi amigo íntimo, irremplazable y después no reemplazado».

«No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias elementales. Y sin embargo, sin darme clases, sin señalarme lecciones ni tareas, ni hacerme leer por mi cuenta libro alguno, cuando llegué al Seminario me admitieron directamente, con lo que sabía, a los cursos de teología sagrada.

«Estudió mi carácter e inclinaciones naturales; y él, poeta de la escuela romántica, me hizo amar y estudiar a los autores del más puro clasicismo; él, seguidor del idealismo sano en filosofía, me forjó discípulo devotísimo y convencido de Santo Tomás.

«Jamás me hizo la más ligera insinuación sobre el estado o la profesión que yo hubiera de abrazar. El día que le comuniqué, antes que a nadie, mi deseo de entrar al Seminario, no manifestó sorpresa, ni alegría, ni pena. Me dio unos pocos consejos, que mucho me sirvieron en el corto tiempo del estudio y me han aprovechado en los ya largos del sacerdocio. ¡Ojalá los hubiera yo observado mejor!»

Pronto tuvo don Ricardo el mejor de sus colaboradores en su propio hijo, quien, nacido en un colegio, aprendía enseñando, del mismo modo que su progenitor. Sólo de don Miguel Antonio Caro recibió lecciones de latín, en asocio de su mismo padre, de don Carlos Martínez Silva y de don Emiliano Isaza. Por eso dice en el elogio fúnebre del que fue calificado «la primera virtud y la primera ilustración de Colombia»: «El señor Caro fortificó en mi alma las creencias católicas y las ideas sociales y políticas que mis padres me habían inculcado desde la cuna; creó en mí el amor a la clásica literatura; corrigió y publicó mis primeros vacilantes ensayos; con interés y cariño de padre me inició en la lengua de Cicerón y de Virgilio; me admitió a la intimidad de su cristiano, de su bendito hogar; me trata-

ba con todo el respeto debido a un embajador de Cristo, y con toda la confianza, desenfadada, deliciosa, del maestro para con el discípulo, del hombre superior para con el que no sería digno, a no vestir sotana, de trabar intimidad con él» (1).

Tan estrecha e íntima llegó a ser la compenetración de estos dos espíritus, par el uno del otro en el patriado de la cultura clásica colombiana, que en el mismo escrito se lee esta declaración: «Cuando yo escribía algún artículo literario, mi principal preocupación era ésta: ¿qué dirá el señor Caro?»

En su artículo sobre Juan Manuel Rudas (2) nos da otros datos de su adolescencia y del influjo que ejerció en él el círculo de los amigos de su padre: «Por los años de 1873 a 1876, siendo yo muchacho, vivía en el pueblo de Nemocón. Llegaban los periódicos de la capital por el correo, los domingos en la tarde. A mi padre le enviaban *La Caridad, El Tradicionista, El Bien Público*. Yo leía aquellas hojas desde el título hasta el pie de imprenta, las releía, las meditaba, comentábalas en las conversaciones, con empeño semejante al que he puesto después en leer, rumiar y explicar la *Imitación de Cristo* o el *Ejercicio de perfección* del P. Rodríguez. Si algún lector de esta Atenas se sorprende de aquel ardor, piense que yo tenía en aquel entonces de dieciséis a diecinueve años, vivía en una población rural y estaba oyendo las voces de José Joaquín Ortiz, el autor de *El Tequendama* y *Los Colonos*, poesías que yo me sabía de memoria; de Miguel Antonio Caro, a quien consideraba y considero todavía como hombre superior a su nación y a su época; de Quijano Otero, uno de los mejores amigos de mi padre y en cuya casa había pa-

(1) R. del C. M. de N. S. del R. V. 1909.

(2) Id. VII. N.º 66.

sado en mi niñez horas inolvidables; de Manuel Briceño, que tenía el prestigio de quien defiende sin miedo y con talento sus opiniones desde los eriales de la oposición».

Con razón dice el doctor Luis María Mora, después de estudiar las influencias en el niño y en el joven de las tertulias de *El Mosaico* y de la amistad con los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, que cuando el doctor Carrasquilla se presentó por primera vez en público, «esgrimiendo las armas de escritor, lo hiciese no como el luchador que por primera vez se yergue en el estadio, palpitante de emoción y cubierto el rostro de súbita palidez, sino como el diestro adalid que en los juegos olímpicos ya les ha disputado a los más vigorosos el premio de la victoria» (1).

No se hallan a mi alcance todas las obras de monseñor Carrasquilla, principalmente algunos artículos dispersos en periódicos y revistas, aunque tengo la presunción de haber leído en su día los más notables; debo por tanto atenerme a referencias en lo anterior al año de 1905, en que se fundó la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, archivo del buen gusto en que se cumplió el ideal horaciano de mezclar *lo útil* y *lo dulce* y en que el saber anda siempre ataviado de la *fermosa cobertura* que soñó el Marqués de Santillana. A los veintidós años escaló Carrasquilla las columnas ilustres del *Repertorio Colombiano* para publicar en ellas su *Vida de Pío IX* (1879) y un artículo sobre Núñez de Arce, en el que aparece ya en posesión de conocimientos vastísimos y de un criterio propio sobre la literatura española, antigua y moderna. Al año siguiente publicó su artículo sobre *El Reverendo Padre Gil* y poco después *La extinción de las comunidades religiosas en Francia*.

(1) Esbozo biográfico. 8.



Mientras tanto había entrado a formar parte de la Sociedad de San Vicente de Paúl, de la cual había sido don Ricardo uno de los fundadores en Bogotá. Por eso dice: «Yo nací casi a un tiempo con ella, la conocí en la infancia, víla crecer, llegar a su importancia actual; fui de los vuestros hasta que vestí la sotana, trabajé en las secciones, asistí al Consejo, hablé con los primeros socios, conozco vuestro espíritu, que es el de vuestro titular, que es el del Evangelio, que es el de Jesucristo» (1). «Amo la Sociedad de San Vicente, no sólo con el amor de voluntad que el sacerdote de celo tiene por todo lo que conduzca a la divina honra, sino que la quiero con cariño sensible; porque uno de los compañeros del P. Mario Valenzuela fue la persona que más he amado después de Jesús y de María y al igual de mi dulce madre terrestre, el único compañero de mi niñez, el camarada único de mi adolescencia, el solo amigo de mi juventud, el preceptor que tuve desde que abrí la cartilla hasta que pisé los bendecidos claustros del Seminario. Amo la Sociedad porque lo que ella me enseñó a conocer de los humanos infortunios fortaleció la vocación al sacerdocio, honor y felicidad de mi vida» (2).

DE CURA DE ALDEA A CANDIDATO PARA LA PÚRPURA
ROMANA

Con toda razón se ha dicho que la dignidad sacerdotal es «superior a la de los mismos ángeles». «Si el sacerdote, a fuer de representante de Dios en la tierra, tiene unción y potestad verdaderamente divinas, también en calidad de ministro de Cristo lleva impresas en el

(1) «El espíritu de San Vicente de Paúl». Sermón del 21 de julio de 1907.

(2) En las bodas de oro, 18 de octubre de 1907. REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, III, N.º 30. Ni éste ni el anterior se hallan en el volumen de *Sermones y discursos*.

alma muchas de las penalidades, amargas y afrentas del Calvario. Renunciar para siempre a cuanto sugiere el orgullo, a cuanto malo estima el espíritu del mundo, a lo que apetece la naturaleza corrompida, no es más que la simple práctica, a todos obligatoria, de los preceptos evangélicos; y en la cumbre de la perfección cristiana empieza apenas el camino de la virtud sacerdotal. El ministro del Señor ha de abandonar todo anhelado por los falsos bienes de la tierra, prescindir de muchos goces inocentes a otros permitidos, abrazarse estrechamente a la cruz y morir de antemano al mundo, a la familia, a cuanto existe, para acabar desconocido y olvidado si ha tenido la felicidad de quedar en lugar oscuro y humilde; o para terminar su vida, caso de que haya sido encumbrado a un alto puesto, tratado como la basura y las heces del mundo, como la escoria de todos, según las expresiones de San Pablo (1). Y sin embargo aquella abyección llevada por el amor de Cristo, engrandece al hombre sobre toda medida; y el Señor compensa a los suyos ya desde esta vida lo que han dejado y sufrido por su nombre, amén de la corona de justicia que ha de darles en el último día como justo juez» (2).

Dotado de ese augusto privilegio, del que se hizo digno en el grado de perfección compatible con la naturaleza humana en sus manifestaciones superiores, el doctor Carrasquilla fue considerado particularmente apto para la formación del clero y después de transitoria labor como cura de almas en la aldea de Hatoviejo (hoy Villa-Pinzón), se le llamó a la prefectura de estudios del Seminario (1884); en los años siguientes (1885 y 86) desempeñó la Vicerrectoría del mismo y durante muchos años ocupó la cátedra de Teología.

(1) I, Cor. IV-13.

(2) Oración fúnebre del Ilmo. señor Arbeláez.

Adelantaba mientras tanto en la predicación, y la pequeña iglesia de Chía tuvo el honor de recibir la primicia de sus privilegiadas dotes de orador el 8 de diciembre de 1883, en honor de la Santísima Virgen; entre sus ensayos en el Seminario había sobresalido el panegírico de San Antonio de Padua.

El 19 de marzo de 1884 hizo en el Seminario el panegírico de San José; el 20 de junio escaló ya el púlpito de la catedral, en honor del Sagrado Corazón de Jesús; el 11 de agosto, en la iglesia de San Carlos, pronunció la oración fúnebre del Ilmo. señor Vicente Arbeláez, primera de las suyas en un género que llegó a señorear como monarca absoluto acaso en todos los dominios del habla castellana (1). Con vuelo de águila iba, pues, elevándose a las alturas de la predicación y la elocuencia, creciendo en prestigio como hombre sobresaliente en letras por su comentario sobre el *Salmo Miserere* (1884), *La Iglesia y el Estado* en Colombia (1886) y las biografías de Nariño y de Ortega. En la primera estampó como medalla el concepto que refrendado treinta años después en una de sus más bellas oraciones ha llegado a ser una de las grandes y definitivas síntesis históricas: «Después de Bolívar, Nariño».

Quiso aprovechar las vacaciones de 1886 para visitar a su maestro e insigne amigo el Ilmo. señor doctor Bernardo Herrera Restrepo, promovido al Obispado de Medellín, a la vez que acompañarlo en el duelo reciente por la pérdida de su padre, el esclarecido ciudadano doctor Bernardo Herrera Buendía. Entró por Puerto Berrio y recorrió la línea del ferrocarril en el corto trayecto construido, para luégo completar el viaje a lomo de mula, aprovechando la lentitud del itinerario por caminos fragosos y el descanso de las posadas

(1) Se anotan solamente los que figuran en la colección de *Sermones y discursos*.

para hacer observaciones que pueden calificarse definitivas sobre la índole y peculiaridades del pueblo antioqueño (1), al que donde entonces profesó afecto y admiración muy sinceros. De su pluma nos dejó el siguiente cuadro magistral:

«A mediados de diciembre de 1886 nos hallábamos en el valle de Medellín, uno de los más hermosos de nuestra hermosa tierra colombiana; en Envigado, la próspera villa, cuna de José Félix de Restrepo (2), el magistrado integérrimo, y de José Manuel Restrepo, el repúblico, el historiador ilustre.

«A pesar de la estación lluviosa, prolongada por modo irregular aquel año, la tarde estaba despejada y serena; la luna, próxima al plenilunio, brillaba sobre las colinas del oriente; el viento no movía las hojas de los naranjos en flor; el ambiente estaba tibio; todo nos convidaba a salir de la casa para gozar, bendiciendo a Dios, los hechizos de la naturaleza tropical.

«Emprendimos, a puestas del sol, a pie y lentamente, acompañados del P. Jesús María Mejía, huésped amabilísimo nuestro y cura del pueblo, marcha hacia el norte, en busca de la quinta del venerable sabio cristiano, gloria de Antioquia y de Colombia, doctor Manuel Uribe Angel, a quien deseábamos conocer personalmente, ya que sus obras y su reputación nos eran familiares de muchos años atrás.

«La magnífica carretera del valle está orlada a derecha e izquierda de casas y de granjas, ricas y suntuosas unas, pobres y humildes otras, aseadas hasta la exageración todas, como las habitaciones holandesas.

(1) Vd. Carta del Dr. Alfonso Robledo, publicada en el libro de las bodas de plata del rectorado.—86

(2) Posteriormente se han aducido nuevos datos sobre el nacimiento del doctor José Félix de Restrepo en Medellín.

De todas ellas salía, a aquella hora, un murmullo monótono, dulce, salido más del corazón que de los labios:

*Pareil aux chants plaintifs que murmure une femme
A l'enfant qui s'endort.*

«Como íbamos andando, a la primera mitad del ave-maria que salía de una casa, oíamos contestar la segunda parte en la morada siguiente; cada hogar creía que estaba rezando solo, y nosotros sabíamos que estaba en comunión con el siguiente, y con el otro, y con el de más allá. Esa tarde *sentimos* la comunión de los santos, en que hasta entonces habíamos simplemente *creído*.

«Y pensámos que la prosperidad de Antioquia depende, no sólo de la raza, del medio ambiente, de la educación sobria y varonil, sino principalmente de la fe católica, que produce la integridad de las costumbres, la fidelidad conyugal, la obediencia a la autoridad constituida. Antioquia, por lo general, ha tenido los mejores gobernantes, porque allá son buenos los gobernados. Y son buenos porque son cristianos, y dan testimonio práctico de su fe con el diario rezo en familia del rosario de María».

Un bellissimo sermón sobre *El Cielo*, predicado en la catedral de Medellín, bastó para que nunca olvidaran, quienes tuvieron la fortuna de escucharlo, la emoción que produjo en todo el auditorio.

Estando en esta ciudad, alojado en la casa episcopal, donde como él mismo lo dijo con palabras de clásico sabor, recibía el pan y la sal de la mesa del Ilustrísimo señor Herrera Restrepo, este mismo prelado eminentísimo hubo de corresponder con creces al consuelo que el doctor Carrasquilla le traía, pues de modo inesperado y súbito se recibió la noticia de la muerte de don Ricardo Carrasquilla, ocurrida en la capital el 24 de diciembre de 1886.

Es inútil tratar de reconstruir las frases con que el doctor Carrasquilla expresaba la emoción y el dolor de aquellas horas; si las escribió permanecieron en el santuario de las efusiones íntimas y sería atrevimiento revelarlas. A la angustia de lo irremediable se sumó la dificultad del regreso por la persistencia de la estación lluviosa, que hacía casi intransitables los caminos por la vía del sur, que fue la escogida para el regreso, a causa de las irregularidades en la navegación del Magdalena. Baste decir que mantenía presente la tragedia de la muerte en su ausencia de «la persona que más había amado después de Jesús y de María y al igual de su dulce madre terrestre», y el temor de no alcanzar a recoger el último suspiro de doña Emilia, en quien concentró desde entonces toda la fuerza y la ternura de sus afectos filiales, fue el motivo principal para que en cerca de treinta años no se ausentara de la capital más acá de la Esperanza y rehusara no solamente halagadoras ocasiones de viajar al exterior y a otros lugares del país, sino aun el honor de varias mitras, pues no podía trasladarse a las respectivas sedes con el objeto de su mayor predilección en lo humano y el sacrificio de separarse de ella lo consideraba desproporcionado a todas las preeminencias.

A falta de la expresión de su propio dolor por la muerte de don Ricardo, hacía mérito el doctor Carrasquilla de la siguiente carta:

«Bogotá, 31 de diciembre de 1886.

Señor Pbro. don Rafael M. Carrasquilla.—Medellín.

Mi querido Rafael:

Esta carta no se la escribo para consolarlo, sino para desahogarme.

Usted no vio a Ricardo, por ausente; yo, porque estaba enfermo. Me habían ocultado la noticia cuidadosamente; cuando me levanté, quise irme para allá y me

la tuvieron que dar. Me dirigí a su casa, sin cuidarme de lo que pudieran decir los transeúntes al verme llorando por la calle; y, lo que no me había sucedido con nadie, no lo pude mirar; quise rezarle un responso y no pude; le dije a mi compañero que lo rezara, y tampoco pude contestarle, y me contenté con orar en mi corazón.

Me fui a la capilla y le dí gracias a Dios porque había formado un alma tan perfecta.

Le dí gracias porque, llorando sobre la tumba de Lázaro, me quitaba la vergüenza de empapar con mis lágrimas el banco en que estaba arrodillado.

Rafael, ¿quiere usted ocupar en mi corazón el lugar que ocupó y ocupa todavía Ricardo?

Mario Valenzuela, S. J.

A su regreso de Antioquia fue nombrado el doctor Carrasquilla cura de almas de Egipto, la iglesia que señorea al oriente el vasto escenario de la Sabana.

En Egipto preparó y llevó a término su maravilloso estudio sobre *San Agustín, su vida y su labor*, que por sí sólo bastaría a graduarlo de filósofo, teólogo y literato eximio, como más adelante tendré ocasión de ampliarlo, al inquirir la génesis de su pensamiento filosófico (1).

En el curato de la catedral de Bogotá (1889 y 1890) culminó la labor parroquial del doctor Carrasquilla, y desde esa cima tendió su vuelo de águila para brillar en cumbres distintas, pero iluminadas también por la verdad, el bien y la belleza.

La predicación constante, avalorada por la elevación y pureza de la doctrina, ennoblecida con las galas de los mejores modelos clásicos, acrecentó sus ejecutorias de académico y educador. De los sermones y panegíri-

(1) Se reprodujo en los números 224 a 230 de la REVISTA DEL ROSARIO.

cos pronunciados en este lapso se conservan el de la Natividad (8 de septiembre de 1885), el de Nuestra Señora de las Mercedes (24 de septiembre), el de Santa Bárbara (4 de diciembre de 1885), el de acción de gracias (2 de febrero de 1886), el del Santísimo Sacramento (17 de enero de 1887), el de Pentecostés (1888), el de San Pedro Claver (1889); el 6 de agosto de 1885, con ocasión del aniversario de la fundación de Bogotá, pronunció la primera de sus oraciones gratulatorias; el 14 de mayo de 1889 hizo el elogio fúnebre del señor Paúl (1).

Particularmente de sus panegíricos, pronunciados todos en plena juventud, dice el doctor Luis María Mora que «tienen la fresca unción y caridad del sacerdote católico; son las tiernas elevaciones del pastor de almas, y a través de la diáfana pureza del estilo, se columbra en ellos el corazón del apóstol; pero no hay una sola que no esté vivificada por el soplo fecundo de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y no hay una sola tampoco en que no se descubran serios y pacientes estudios clásicos, y muy grandes conocimientos de la historia en sus diversos ramos.... El sermón de *Pentecostés* le sirve de base para hacer, entre otras cosas, un elocuente paralelo entre la bárbara cultura romana y la sencilla barbarie germánica, y en este punto este sermón parece una página arrancada a la historia de Guizot. El panegírico de San Ignacio de Loyola es un verdadero discurso académico, y el de San Pedro Claver es un hermoso canto a la caridad cristiana, y un himno a la Iglesia Católica, que al fin abolió para siempre la esclavitud, el último resto de la iniquidad antigua.» (2)

(Continuará).

(1) *Sermones y discursos.*

(2) *Esbozo biográfico*, 62 y 63.

(De Colombia, de Medellín)